



VIAGE
POR LA RUSIA

DK509
D4
c.1



1080076278

VIAJE
POR
LA RUSIA MERIDIONAL

Y
LA CRIMEA,
LA HUNGRIA, LA VALAQUIA Y LA MOLDAVIA,

FOR EL
PRINCIPE DE DEMIDOFF

DE LA ACADEMIA IMPERIAL DE CIENCIAS DE SAN PETERSBURGO Y DEL INSTITUTO
DE FRANCIA (ACADEMIA DE CIENCIAS)

DEDICADO Á

S. M. el Emperador de todas las Rusias

NICOLAS I

TRADUCIDO DE LA SEGUNDA EDICION FRANCESA, REVISADA Y CORREGIDA POR EL AUTOR.

POR

D. JUAN GORTADA

ABOGADO, CABALLERO DE LA ORDEN DE CARLOS III, DE LA REAL ACADEMIA
DE LA HISTORIA, CATEDRATICO EN EL INSTITUTO
DE BARCELONA, ETC.

TOMO I

MEXICO
IMPRENTA DE ANDRADE Y ESCALANTE
Calle de Cadena, núm. 13

1860



DK509
D1



VIAJE

LA RUSIA MERIDIONAL

LA GRINEA

PRINCIPE DE DEJUDOFF

El Emperador de todas las Rusias

TOMO I

MEXICO

IMPRENTA DE ANDRADE Y ESPINOSA

1860

través de la gran Rusia meridional, y ha honrado con su augusta protección las investigaciones hechas en la parte más moderna y menos conocida de su imperio. Después de los trabajos preparatorios hechos de consuno publicamos las observaciones científicas, los recuerdos y los cuadros de ese viaje. En este libro, cuyo objeto es dar á conocer los países recorridos, cada uno ha consignado sus tareas y sus estudios, y espuesto sus modestas conquistas científicas. Esta obra común, está pues destinada á decir, á cuantos desean el progreso de las sociedades humanas, los maravillosos resultados y las brillantes esperanzas de esos pueblos y de esa tierra, que medio siglo atrás aun eran conocidos por sus nombres fabulosos. ¿Quién sabe cuántas edades habian visto sucederse en esas inmensas llanuras la invasión, los estragos y las des-

A Su Majestad

EL EMPERADOR DE TODAS LAS RUSIAS.

SEÑOR.

VUESTRA majestad imperial se dignó aprobar el viaje que en 1837 emprendí por la Rusia meridional, y ha honrado con su augusta protección las investigaciones hechas en la parte más moderna y menos conocida de su imperio.

Después de los trabajos preparatorios hechos de consuno publicamos las observaciones científicas, los recuerdos y los cuadros de ese viaje. En este libro, cuyo objeto es dar á conocer los países recorridos, cada uno ha consignado sus tareas y sus estudios, y espuesto sus modestas conquistas científicas. Esta obra común, está pues destinada á decir, á cuantos desean el progreso de las sociedades humanas, los maravillosos resultados y las brillantes esperanzas de esos pueblos y de esa tierra, que medio siglo atrás aun eran conocidos por sus nombres fabulosos.

¿Quién sabe cuántas edades habian visto sucederse en esas inmensas llanuras la invasión, los estragos y las des-

trucciones hasta el día en que la grande emperatriz Catalina, esa hembra de voluntad tan firme como la de Pedro el Grande, empujó audazmente los confines del imperio hasta las playas del Mar Negro, al cual hubo de pasmar que sus aguas bañaran una tierra convertida á la paz y al cristianismo? El genio que se hizo dueño de esas comarcas con provecho de las mismas, habia legado vastos planes á sus gloriosos sucesores: mas quedaron paralizados durante muchos años, porque la guerra abrasó á toda Europa, y el terror de esas tristes regiones era tanto, que los pueblos desalentados no querian cultivar la tierra cuyos frutos alimentarían acaso á sus contrarios.

Importantes obras vinieron á tranquilizar esas nuevas provincias y á demostrarles el valor que la Rusia daba á su hermosa conquista: bien pronto llegan á las llanuras meridionales crecido número de colonos que se agrupan en torno de un poderoso muro de ciudades: álzanse Nicolaieff, Kherson, Odesa y mas tarde Kertch, que salía remozada de las ruinas de Panticopea, para dominar por segunda vez los dos mares y el reino de Mitridates, que en lejanos días atemorizó á un gran pueblo y que es hoy pequeña parte de un inmenso imperio.

Desde entonces desplegaron esas jóvenes colonias su atrevido vuelo. Mientras Nicolaieff lanzaba de sus improvisados astilleros una escuadra cual nunca vieron esos mares, abría Odesa un puerto franco, llamando hácia él toda la navegacion del Mediterráneo. Pasmado el Bósforo creyó que renacian los gloriosos tiempos de los genoveses de Kaffa. A ese movimiento debido á la civilizacion venian á juntar-

se una vida y una actividad que aumentaron todavía la maravillosa fertilidad del suelo, y las poblaciones crecientes, merced á la sábia proteccion concedida á todos, sin diferencia de raza ni de cultos.

Mas desde la gloriosa paz conquistada á la Persia y á la Puerta Otomana, los gobiernos meridionales incorporados á la Rusia de un modo irrevocable han sentido el impulso ascendente dado á esa prosperidad, y adquirido la consistencia de un gran cuerpo social, dispuesto á recibir y á sacar fruto de la parte que le quepa en los progresos del siglo.

Las muchas y florecientes ciudades fundadas en la Nueva Rusia, el incesante desenvolvimiento de todos los ramos de la producción agrícola, la multitud de trasportes hácia el interior, la creciente actividad del cabotaje, los beneficios del comercio, el estado formidable de la flota imperial, el órden y la facilidad con que los resortes del gobierno alcanzan á los puntos mas lejanos, y finalmente el progreso atinado y conservador que es la vida real de los pueblos; tal es el rápido bosquejo del bienestar derramado hasta hoy en esa nueva Rusia que antes era un desierto sin leyes y surcado por hordas desenfrenadas.

Cuando las naciones lo mismo que los individuos, ven recompensados con una ventura suficiente los trabajos y las agitaciones de una vida por largo tiempo penosa, sienten, señor, la necesidad de fundar por sí mismos, de edificar en su suelo, de rodearse de obras propias, para redimirse del repugnante tributo que se paga á la inteligencia extranjera: esta necesidad es la industria.

En efecto, la industria, señor, como V. M. I. lo sabe, es

el libre ejercicio de las facultades que la Providencia nos ha concedido, aproxima entre sí los pueblos y los hombres; reúne en una haz todos los intereses; y es el orden, el trabajo, la obediencia, la autoridad, el bienestar material, la fuerza de los Estados y de los gobiernos.

Y como, en último análisis de la industria del hierro de que se fabrican los arados y las espadas, proceden todas las demas industrias, era muy sencillo que los hombres previosores dirigiesen su atencion hácia la riqueza mineral de la nueva Rusia. Ofrecióse de golpe la duda de si tendria ese país una industria propia; y si bien los primeros observadores hallaron indicios de existir mineral de hierro, sin embargo, antes de resolver la cuestion, debian hacerse investigaciones verdaderamente decisivas. Si la naturaleza ha negado á esas vastas soledades los pinos y las encinas, era lícito esperar que la tierra menos avara pondria á disposicion de la naciente industria la ulla, nueva alma del mundo material, y que hoy constituye mas que el oro la opulencia de los pueblos. La naturaleza del terreno en algunos puntos de los gobiernos del Don y del Donetz daban motivo para creer en la existencia de un grande criadero; en esos territorios un descubrimiento antiguo habia manifestado encontrarse ulla, y eso mismo esperaba Pedro el Grande, cuyo vasto genio nunca esperó en vano. "Ese mineral, dijo, será una riqueza para nuestros descendientes."

Mas la cuestion habia quedado indecisa, y con el objeto de procurar que se resolviera V. M. I. se dignó permitir que me dedicara á investigaciones que no pueden ser infructuosas.

Al arrojarme, señor, á esta tarea difícil y concienzuda, he querido contar con todas las luces que proporcionan las ciencias, y con el auxilio que son capaces de ofrecer las bellas artes; porque me ha parecido justo que una exploracion cual la que yo emprendia abrazase toda la historia fisica del territorio. He juzgado al mismo tiempo que daba cima á un trabajo útil y patriótico, y la augusta aprobacion de V. M. I., que es la espresion viva del sentimiento nacional, ha recompensado mis trabajos.

Por un favor que mi corazon avalora con justeza, V. M. I. se ha dignado permitir que le dedicara este relato de nuestro viaje y estas observaciones científicas, á fin de que no falte cosa alguna de cuantas puedan honrar una empresa hecha, por decirlo así, á la vista de V. M. I.

Me atrevo, pues, á ofrecer á V. M. I. esta obra, como resultado de largos estudios, de penosos descubrimientos y del obstinado trabajo de dos años consecutivos; y me consideraré feliz, si los sabios, los artistas y los escritores que han tomado una parte activa en tantos trabajos y en fatigas tantas, alcanzan como yo, que los he compartido todos, una de esas miradas que descienden desde el trono de Pedro el Grande y de Catalina I.

Soy con el mas profundo respeto

SEÑOR

De vuestra majestad imperial,

Muy humilde, adicto y fiel súbdito,

ANATOLIO DE DEMIDOFF.

derse en esas inmensas llanuras la invasión, los estragos y las destrucciones hasta el día en que, la grande emperatriz Catalina, esa mujer de voluntad tan firme como la de Pedro el Grande, empujó audazmente los confines del imperio hasta las playas del Mar Negro, al cual hubo de pasmar que sus aguas bañaran una tierra convertida á la paz y al cristianismo? El genio que se apoderó de esos territorios con provecho de los mismos habia dejado magníficos planes á sus gloriosos sucesores: mas quedaron incompletos durante muchos años porque la guerra abrazó á toda Europa, y el temor de esas tristes regiones era tanto, que los pueblos desalentados no osaban cultivar una tierra cuyos frutos habian quizás de aprovechar los enemigos.

Importantes obras vinieron á tranquilizar esas nuevas provincias y á demostrarles el valor que la Rusia daba á su hermosa conquista: bien pronto llegan á las llanuras meridionales crecido número de colonos que se agrupan en torno de un poderoso muro de ciudades: álzanse Nicolaieff, Kherson, Odesa y mas tarde Kertch, que salia remozada de las ruinas de Panticapea, para dominar por segunda vez los dos mares y el reino de Mitridates, terror en lejanos días, de un gran pueblo, y hoy pequeña parte de un imperio inmenso.

Desde aquel instante desplegaron esas jóvenes colonias su atrevido vuelo. Mientras Nicolaieff lanzaba de sus improvisados astilleros una escuadra cual nunca vieron esos mares, abria Odesa un puerto franco, llamando hácia él toda la navegacion del Mediterráneo; y el Bósforo pasmado creyó que renacian los gloriosos tiempos de los genoveses de Kaffa. A semejante movimiento que la civilizacion trasladaba á esos paises, venian á juntarse una vida y una actividad que aumentaron todavía la maravillosa fertilidad del suelo, y las poblaciones crecientes, merced á la sábia proteccion concedida á todos, sin diferencia de raza ni de cultos.

Mas en los últimos tiempos, esto es, desde la gloriosa paz conquistada á la Persia y á la Puerta Otomana, es cuando los gobiernos meridionales incorporados á la Rusia de un modo irrevocable han sentido el impulso ascendente dado á su prosperidad, y adquirido la consistencia de un gran cuerpo social, dispuesto á recibir y á sacar fruto de la parte que le quepa en los progresos del siglo.

Las muchas y florecientes ciudades fundadas en la Nueva Rusia, el sucesivo desenvolvimiento de todos los ramos de la produccion agrícola, la multitud de trasportes hácia el interior, la creciente actividad del cabotaje, los beneficios del comercio, el estado formidable de la flota imperial, el orden y la facilidad con que los resortes del gobierno alcanzan á los puntos mas lejanos, y finalmente el progreso atinado y conservador que es la vida real de los pueblos; tal es el rápido bosquejo del bienestar derramado hasta hoy en esa nueva Rusia que antes era un desierto sin leyes y surcado por hordas desenfrenadas.

Cuando las naciones lo mismo que los individuos, ven recompensados con una ventura suficiente los trabajos y las agitaciones de una vida por largo tiempo asendereada, sienten la necesidad de fundar por sí mismos, de edificar en su suelo, de rodearse de obras propias, para redimirse del repugnante tributo que se paga á la inteligencia extranjera: esta necesidad es la industria.

En efecto, la industria, segun nuestro siglo la comprende, es el libre ejercicio de las facultades que la Providencia nos ha concedido, aproxima entre sí los pueblos y los hombres; reúne en una haz todos los intereses; y es el orden, el trabajo, la obediencia, la autoridad, el bienestar material, la fuerza de los Estados y de los gobiernos.

Y como, en último análisis de la industria del hierro de

que se fabrican los arados y las espadas, proceden todas las demas industrias, era muy sencillo que los hombres previosos dirigiesen su atencion hácia la riqueza mineral de la nueva Rusia. Ofrecióse de golpe la duda de si tendria ese país una industria propia; y si bien los primeros observadores hallaron indicios de existir mineral de hierro, sin embargo, antes de resolver la cuestion, era forzoso investigar de una manera decisiva. Si la naturaleza ha negado á esas vastas soledades los pinos y las encinas, era lícito esperar que la tierra menos avara pondria á disposicion de la naciente industria la ulla, nueva alma del mundo material, y que hoy constituye mas que el oro la opulencia de los pueblos. La naturaleza del terreno en algunos puntos de los gobiernos del Don y del Donetz daban motivo para creer en un grande criadero; en esos mismos territorios un descubrimiento antiguo habia manifestado la existencia de la ulla, y esperaba encontrarla Pedro el Grande, cuyo vasto genio nunca esperó en vano. "Ese mineral, dijo, será una riqueza para nuestros descendientes." Mas la cuestion habia quedado indecisa, y con el objeto de procurar que se resolviera, determinamos dedicarnos á investigaciones que nunca pueden ser infructuosas.

Al acometer esta tarea difícil y concienzuda, he querido contar con todas las luces que proporcionan las ciencias, y con el auxilio que son capaces de ofrecer las bellas artes; porque me ha parecido justo que una esploracion cual la que yo emprendia abrazase toda la historia física de aquel suelo. He juzgado al mismo tiempo que daba cima á un trabajo útil y patriótico, y esta conviccion me ha servido de completa recompensa.

Me atrevo á presentar al público esta obra, como el resultado de largos estudios, de descubrimientos hechos con

gran fatiga y de un trabajo obstinado, y me tendré por feliz, si los sabios, los artistas y los escritores que han tomado su meritoria parte en esos trabajos y en esas fatigas, alcanzan como yo, que todos los he compartido una de esas miradas indulgentes que alientan y satisfacen.

Paris, Abril de 1839.

DEMIDOFF.